



«Susan Gaylord se casa». Susan oyó estas palabras con tanta claridad como si alguien las hubiera dicho en voz alta, como si todo estuviera pronunciándolas: los árboles, el pájaro posado en el olmo que se alzaba no muy lejos de donde se encontraban ella y Mark, en el bosque del vagabundo. Un grillo pequeño de primavera que anunciaba la llegada de esta estación las repetía con su chirrido estridente. Y la voz de Mark, clara y profunda, se lo estaba pidiendo humildemente:

—Susan, ¿quieres... querrías casarte conmigo?

Susan ya sabía que aquellos eran el día y la hora que Mark había planeado. No había nada sorprendente en aquel hombre que conocía desde que, cuando era un muchacho alto y tímido, un buen día apareció arrastrando los pies, procedente de una granja cercana, para asistir a las clases de quinto curso. Se habían hecho compañía durante todo el colegio; ella siempre alegre, él siempre alto y tímido, observándola entre la gente. Ya el primer día Susan se dio cuenta de que la miraba con interés.

—Quiero casarme —contestó Susan echando la cabeza hacia atrás— y quiero casarme contigo.

Mark temblaba. Susan sentía sobre los hombros las manos grandes y trémulas. Decidido. Se casaba. Había llegado a la conclusión de que, de entre todas las cosas que quería hacer, la primera era casarse.

Mark la abrazó. Susan sintió la presión poco familiar del cuerpo de Mark, duro y musculoso, contra el suyo. No era menuda, ni siquiera tan delgada como la mayoría de las muchachas. Pero ante el contacto del cuerpo de Mark, se sintió empequeñecida y le gustó aquella sensación extraña, sin que ello la alterara demasiado, aunque Mark había empezado a besarla con pasión.

—He querido hacer esto desde aquel primer día de quinto curso —dijo Mark.

—¡Pero si ni siquiera intentaste besarme cuando jugábamos a esas cosas! —exclamó Susan entre risas.

—No me gustan esos juegos —se limitó a contestar Mark—. Quiero que los besos sean de verdad —añadió sin dejar de abrazarla.

—Ya lo sé —murmuró Susan.

Guardaron silencio largo rato. Susan se recostó en él, completamente tranquila. Le había costado averiguar qué era lo que quería. Tiempo atrás, el viejo profesor Kincaid le dijo en clase de lengua inglesa: «Podrías dedicarte a escribir si quisieras, Susan». Pero por entonces, su padre la llevó al teatro en Nueva York y deseó ser actriz. Durante años, se había imaginado actuando en un escenario, interpretando un personaje que no era ella. Podría ser quien quisiera. Pero ahí estaban sus manos: le gustaba fabricar cosas con las manos. Le gustaba sentir el contacto de materiales con los que trabajar: cosas más tangibles que la música, aunque su padre le había enseñado música. Estaba inquieta, sin saber qué quería hacer con las manos, pues le gustaba todo. Lo quería todo. Y entonces decidió casarse y tener muchos hijos.

Susan hizo una pausa en sus pensamientos y recordó la sensación que había tenido en las manos la semana anterior cuando modelaba la cabeza de su hermana. Mary. Sentía que trabajaban con habilidad y rapidez y, llena de alegría, exclamó:

—¡Aquí estás, Mary! ¡Mírate!

Mary se acercó, miró y Susan aguardó. Y mientras esperaba a que Mary dijera algo, que contestara sorprendida: «¡Es mi vivo

retrato, Susan! ¡Qué maravilla!», Mary extendió las manos y aplastó la arcilla húmeda hasta transformarla en una masa informe.

—¡Me has hecho horrorosa! —exclamó Mary—. ¡Eres odiosa! —Y, tras echarse a llorar, se alejó corriendo.

Susan, demasiado aturdida como para decir nada, amasó la arcilla hasta deshacer la figura por completo. Pero la sensación que le transmitían sus manos le decía que había dado forma a Mary, le gustara o no a esta. Las palmas de las manos le ardían al recordarlo, y abrió y cerró los dedos.

—¡Mark! —exclamó. Se echó un poco hacia atrás para mirarlo a la cara—. Cuando estemos casados, ¿te importará que me dedique en serio a la escultura? Por supuesto no dejaré que interfiera en nuestro matrimonio.

—Quiero que hagas siempre lo que quieras —contestó él. La miró con expresión de timidez en sus ojos claros—. No estoy a tu altura, Sue —añadió—. Eso ya lo sé. Mi familia no es gran cosa y yo tampoco. Y tú eres la chica más lista de la ciudad.

—¡Tonterías! —exclamó la joven alegremente—. ¿Quién soy yo sino la hija de un pobre profesor?

Susan deseó, de repente, empezarlo todo. Lo besó de nuevo muy deprisa, se echó a reír y lo cogió de la mano.

—¡Corramos! —exclamó, y los dos jóvenes corrieron por el bosque de regreso a casa.

«Voy a casarme», pensaba la muchacha al compás extasiado de unos pies que volaban. «¡Voy a casarme!».

—Me habría gustado que no te casaras tan joven —dijo la señora Gaylord a su hija—. En cuanto te casas, estás atada para siempre.

—Quiero casarme —declaró Susan.

Su madre no contestó. Trabajaban a solas en el cuarto de costura, cortando e hilvanando el vestido de novia de Susan. Estaban solas desde que habían lavado los platos del desayuno y, durante

todo aquel tiempo, Susan había sido consciente de que su madre tenía que decirle algo. Lo diría de modo indirecto y tangencial, porque a su madre le daba apuro hablar del matrimonio. Una vez, años atrás, cuando Mark había empezado a ir a verla, su madre intentó decirle algo. Susan subió las escaleras a medianoche, arrebatada por un entusiasmo que no comprendía, y al entrar en su habitación se encontró con que su madre la estaba esperando, envuelta en la bata de color castaño y con el pelo trenzado para que se le marcaran bien las ondas al día siguiente.

—Tengo que decirte algo, Susan —dijo con una mirada de angustia.

—¿Qué tienes que decirme, mamá? —preguntó Susan, mirándola directamente a los ojos.

—A tu edad, me refiero —dijo su madre. Susan advirtió la timidez de su madre, se ruborizó y el corazón le latió con fuerza un par de veces.

—¿Te refieres a Mark? —preguntó Susan con cierta rigidez.

—Me refiero también a cualquier chico —dijo su madre.

—No te preocupes, mamá —contestó Susan de inmediato—. Mark y yo estamos bien. Además, sé cuidar de mí misma.

—Bien —exclamó la madre con un suspiro—. Si ya sabes a lo que me refiero...

Confusa y sonrojada, dio un beso a Susan. Salió arrastrando el cinturón de la bata de tal manera que este quedó atrapado en la puerta al cerrarse.

—Susan, ayúdame —gritó desde fuera.

—Voy —contestó Susan, y la liberó.

Aquella mañana, Susan sonrió con aire travieso. La tarde anterior se había reído con Mark:

—Cuando mi madre sepa que estoy prometida, pensará que tiene que decirme algo.

—¿Sobre mí? —preguntó Mark con seriedad—. Me imagino a tu padre moviendo las cejas y preguntándome: «¿Por qué quiere

usted casarse con mi hija, joven?». Y no sabría qué decirle. Suspendí con él la asignatura de poesía, ya lo sabes, Sue.

—A mi madre le da igual que apruebas o no —contestó la joven riéndose de él—. No, mi madre querrá hablarme del origen de la vida.

—¿De la reproducción humana y todo eso? —preguntó Mark de nuevo con actitud solemne. Susan asintió y se rieron juntos.

—¿Le has dado unos toques en la parte posterior del cuello? —preguntó su madre.

—Ya los he hilvanado —contestó Susan.

Susan hizo zumbir la máquina de coser por las largas costuras de la cola y luego se probó de nuevo la falda.

—Tienes mucho gusto —admitió su madre a regañadientes—. Lo has preparado tan deprisa que no debería haber quedado bien, pero está estupendo. No sé cómo lo haces.

—Noto con los dedos si lo estoy haciendo bien —contestó Susan.

Era cierto; Susan percibía una inexplicable sensación de apasionada certeza cuando sus dedos seguían la línea que había concebido su cerebro. Le pasaba en distintas circunstancias, sobre todo cuando modelaba arcilla. Pero también cuando cosía, mezclaba los ingredientes de un pastel o arreglaba un ramo de flores en un jarrón. Sabía de antemano qué aspecto tenía que tener todo, lo veía mentalmente y sus dedos eran unos esclavos rápidos y hábiles que ejecutaban su visión.

—Debería ser capaz de hacer bien mi traje de novia —añadió Susan con una sonrisa.

Podía haberlo comprado hecho. Su padre le había dicho: «Compra lo que quieras, Susan. Esto es lo que he cobrado por mis últimos veinte poemas. ¡Dios mío, qué mal se paga la poesía! Me alegra que tu novio se dedique al sector inmobiliario en lugar de escribir versos», y le tendió cien dólares. Su padre daba clases de literatura en la pequeña universidad del este en cuyo

campus vivían, aunque, según decía él, la poesía era su verdadero trabajo, si bien no lograba convencer de ello a nadie. Sin embargo, lo que ganaba escribiendo poemas no quería gastarlo en lo que llamaba el pan de cada día.

Susan cogió los cien dólares con agradecimiento y examinó atentamente los trajes de novia de las tiendas de la ciudad. Cuanto más los miraba, con mayor claridad veía el suyo y se daba cuenta de que no se parecía a ninguno de aquellos. Tendría que hacérselo. Así pues, compró metros de pesado satén de un tono blanco roto, pero no demasiado. Era un blanco cálido. Gastó diez dólares en un encaje muy fino y otros diez en una niebla de tul.

—¿Quiere un patrón? —preguntó la dependienta.

—No, gracias —contestó.

Al colocar la tela sobre su propio cuerpo, Susan, absorta, olvidó que estaba haciendo su traje de novia. Incluso se olvidó de Mark. Estaba creando algo. Cuando trabajaba, se abstraía por completo y llegaba a un estado de armonía. Alisó el satén sobre su costado fuerte y joven.

—Tiene una caída preciosa —dijo su madre con un suspiro.

—¿Estás cansada? —se apresuró a preguntar Susan al oírla suspirar.

—No —dijo su madre, y cerró la boca. Hacía cada vez más calor bajo el techo de escasa altura del cuarto de costura; su madre se levantó las gafas y se secó el rostro redondo y arrugado con el delantal blanco.

De repente, en el silencio de la habitación, Susan sintió una nota de discordia en la armonía que reinaba. Era como el zumbido de una avispa contra el cristal de la ventana. Susan levantó la cabeza. Su hermana Mary estaba tocando la *Consolación* de Mendelssohn, lenta y cuidadosamente, pero convertía en becuadro el principal sostenido de la melodía. Susan vaciló un momento, escuchó, y la nota equivocada le causó auténtico dolor. Dejó la tela y se dirigió al instante hacia la puerta.

—¿Qué...? —preguntó su madre, pero Susan no se detuvo. Tenía que llegar hasta Mary antes de que tocara de nuevo esa nota. Se estremecía con un dolor físico. Abrió de prisa la puerta del salón.

—Mary —dijo con voz cariñosa. Era siempre afectuosa con su hermana, cinco años más joven. Sentada al piano, Mary volvió hacia ella su rostro moreno con aire de interrogación y sin apartar las manos de las teclas—. Querida, tú... ¿Me dejas que te lo enseñe? —Susan empujó con suavidad a Mary para hacerse sitio en la banqueta y empezó a tocar la melodía—. Aquí y aquí, ¿lo oyes? Está diciendo: «No estés triste nunca más. Recuerda, ¡oh!, recuerda toda la alegría que has vivido». Es tono mayor, no tono menor. Escucha.

Tocó la melodía con verdadero alivio, contenta de poder borrar el dolor que le había producido la nota falsa. Repitió el fragmento para reconfortarse, haciendo crecer la melodía, olvidando a Mary, y con gran sensación de alivio.

—No soy capaz de tocarlo así —confesó Mary con voz débil y abatida.

—¡Claro que puedes hacerlo! —contestó Susan con voz alegre. Se levantó de la banqueta del piano—. ¿Quieres tocarlo para que lo oiga? Yo te enseñaré...

Sin embargo, advirtió de repente el malestar de Mary. Al fin y al cabo, Mary tenía quince años y ella había cumplido ya los veinte.

—No, claro, prefieres tocar sola. Puedes hacerlo perfectamente, se te da muy bien la música —dijo, deseosa de que Mary volviera a ser feliz; quería que todos cuantos la rodeaban fueran felices.

—No voy a estudiar más —dijo Mary, cerrando la partitura y frunciendo la boca pequeña y roja.

—Como quieras, cariño —contestó Susan con una sonrisa—. Vuelvo corriendo a la costura. ¿Quieres subir a ver mi vestido?

—Dentro de un rato —dijo Mary. No miró a Susan ni sonrió. Se echó atrás el pelo negro y lacio con ambas manos y se marchó caminando despacio.

Susan cogió de nuevo la tela de satén.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre.

—Mary se equivocaba en un sostenido —respondió.

Su madre no contestó. El calor pareció hacerse más intenso bajo el techo abuhardillado.

—Ya sé que no lo haces con mala intención —dijo su madre al cabo de un momento—, pero Mary está muy susceptible, cosas de la edad. En tu lugar, no la corregiría en ningún aspecto.

—Oh, no, no la he corregido —se apresuró a contestar Susan—. No me gusta corregir a los demás, pero es que resulta insoportable oír una nota falsa. Se me seca la boca y se me humedecen las manos. Es una tontería, pero no puedo aguantarlo.

—Entonces, vete adonde no puedas oírlo —dijo su madre, y luego añadió—: Susan, algunas veces eres un poco mandona, es mejor que te controles.

Se quedó callada, dolida por la reprimenda de su madre. Con cierta frecuencia percibía que se alzaba una nube entre ella y los demás, una nubecilla que no quería reconocer. Sabía que si no contestaba ni intentaba explicarse, si dejaba que las cosas siguieran su curso, la nube desaparecía. Y tenía que ser feliz. No podía respirar en aquella nube.

—¿Quieres que vaya a preparar la salsa de la carne? —preguntó.

—Ve si quieres —respondió su madre, y añadió—: la verdad es que la salsa te sale mejor que a mí.

La joven se inclinó para besarla.

—¡Qué tontería! —dijo alegremente.

Sin embargo, su madre no le devolvió la sonrisa. Con frecuencia, Susan deseaba que su madre sonriera. ¿Por qué no sonreía si todo iba bien? Pero entre ambas muchas veces se interponía la

nube. Cuando ella y Mark estuvieran casados —se imaginaba en la cocina, con un delantal atado a la cintura— no habría nubes. Le gustaba su hogar, pero el que formaría para Mark sería el suyo propio, lo habría hecho ella misma.

«¡Tengo tantas ganas de casarme!», repitió para sí con pasión.

Susan estaba recostada en los brazos de Mark, a la luz de la luna y a los pies del roble que crecía junto al porche. Habían puesto una alfombra en el suelo y contemplaban la salida de la luna, que se alzaba al final de la calle. Toda la casa estaba iluminada. Su madre se encontraba en la cocina mientras su padre permanecía en la salita corrigiendo ejercicios. Los dos jóvenes lo oían gemir de cuando en cuando. «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!». Susan imaginaba a su padre echándose hacia atrás y cerrando los ojos, inmóvil antes de continuar, torturado por el anhelo de una perfección que no encontraba. Mary estaba en el salón, tocando el piano. Susan se irguió y escuchó atentamente, durante unos instantes, con el corazón en vilo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó y soltó una carcajada.

—Amén —dijo Mark—. Pero ¿por qué motivo?

—Esta vez lo ha tocado bien —dijo Susan. Mark no entendió a qué se refería. Pero no importaba. Mary tocaba con dedos vacilantes, pero no fallaba ninguna nota, y Susan se recostó de nuevo, llena de un delicioso bienestar que nada tenía que ver con Mark. ¡La corrección era tan consoladora y reconfortante! Cuando las cosas eran como tenían que ser, el bienestar iluminaba el mundo. Mark no contestó. La miraba, y Susan se dio cuenta de que no entendía nada. No podía contárselo porque no tenía nada que ver con él, porque era un instinto que no era capaz de expresar en palabras, así que se sintió impelida a cambiar de tema de inmediato.

—Tengo el vestido de novia casi terminado —susurró.

—¡Cariño mío! —murmuró Mark—. Eres única. No conozco a ninguna chica en esta ciudad capaz de hacerse su vestido de novia.

—Es muy divertido hacer cosas —exclamó Susan.

—Pero tú lo haces todo bien —dijo Mark, algo inquieto—. Tocas y cantas, pintas, cocinas y modelas en arcilla. —Hizo una breve pausa y añadió con humildad—: No soy lo bastante bueno para ti.

Susan odiaba su humildad. Hacía que Mark le pareciera ligeramente repulsivo. No quería casarse con un hombre que se sintiera disminuido a su lado. Tenía que volver a cambiar de tema para que no hablara de ella.

—Quiero modelar tu cabeza, Mark —dijo—. Tienes una cabeza bonita, deja que la mire.

Susan se incorporó y movió la cabeza de Mark para que la iluminara la luz de la luna. Deslizó las manos con delicadeza para sentir el contorno. Veía cómo tenía que empezar, con una presión firme y fuerte en la arcilla para hacer la curva plástica y profunda de la base del cráneo, hundir los pulgares para marcar los amplios huecos de las cuencas de los ojos. Una inquietud familiar se apoderó de ella. La luz de la luna y el roble desaparecieron. Incluso Mark se difuminó. En aquel momento, para ella solo existía la cabeza grave y rugosa que tenía entre las manos. Pensó con verdadero anhelo en el bloque de arcilla húmeda que conservaba bajo un trapo mojado en la alcoba contigua a su dormitorio. Se estremeció y luego se calmó de nuevo. ¡Qué ridículo resultaría dejar a su enamorado bajo la luna para modelar su cabeza en arcilla! Atrajo la cabeza de Mark contra su seno. Era mejor, infinitamente mejor, sentir una cabeza de verdad contra el pecho. Tenía que intentar no perderse la realidad cálida de las cosas, no podía permitir que se le escapara mientras la reproducía.

Una por una, se apagaron las luces de la casa. El piano se detuvo y la cocina quedó a oscuras. Su padre y su madre salieron al porche.

—¡Ja, felices mortales mojados por el rocío! —gritó su padre en dirección a las sombras donde estaban sentados. A la luz de la luna, su cabello plateado brillaba suavemente y su bello rostro se distinguía con claridad. El descontento que reflejaban su boca y sus ojos no se veía a la luz de la luna.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —contestó Susan en voz baja.

—¡Buenas noches, señor! —repitió Mark como un eco.

—Me mandan a la cama —se lamentó su padre—. ¡Así es cómo se comportan los jóvenes!

Se rieron y su padre se demoró unos instantes.

—En fin, supongo que no hay nada más que hacer —murmuró su padre, y bostezó.

—Podéis buscar otro roble —dijo Susan.

—Susan, ¿no hay demasiada humedad? —exclamó su madre—. Podéis sentaros en el cuarto de estar.

—Déjalos, ¡vámonos a la cama, Jenny! —dijo su padre, y tiró de ella.

La casa se quedó de pronto silenciosa y oscura. Susan apoyó la cabeza en el hombro de Mark y empezó a soñar.

—¿En qué estás pensando, Susan? —preguntó Mark al cabo de un rato.

—En todo —contestó Susan—. Pero no, no pienso... Solo siento y veo.

—¿Qué ves?

Susan se concentró para contarle lo que veía. Cientos de imágenes... la casita en la que vivirían, cortinas azules, una mesa puesta con la comida perfecta que habría preparado, unos niños pequeños y saludables que tendrían sus ojos y la boca de Mark; la cabeza de Mark hecha en arcilla, terminada y con la forma exacta que quería, ella dando una fiesta, sus amigas contentas y cómodas en su casa y, más allá, como un montón de nubes apiladas bajo la luz del sol, los años del futuro.